

Los Libros

ESTAMPAS DEL NUEVO EXTREMO, por *Ricardo A. Latcham*.—
Santiago, 1941

Consideremos, desde luego, el acierto del Alcalde de Santiago al encargarse a Latcham la confección de esta antología.

Era el único que poseía la doble cualidad de la erudición y de la expresión artística.

Ya lo advertimos al recordar en su prólogo la vieja observación. *Las ciudades no existen sólo en la geografía sino también en el espíritu.*

Incansable lector de libros chilenos, los buenos y los malos, compulsador hábil de documentos, sagaz escrutador del detalle típico, realizó el milagro de dar vida al medio y al espíritu de Santiago, desde los tiempos de la aldea de paja y barro hasta la urbe de los rascacielos y de los conventillos.

Me lo imagino, removiéndome montones de manuscritos y ordenándolos en su mesa de trabajo. El resultado de su esfuerzo es algo que supera la calidad corriente de este tipo de recopilaciones. Y podemos asegurar que es el único aporte serio, de orden intelectual, sobre el IV Centenario de Santiago.

Los autores que Latcham ha movido en el tablero de la selección, con la paciencia de un ajedrecista, aportan su testimonio personal sobre la época en que vivieron, sin repetirse ni contradecirse. No es éste uno de los méritos menos salientes de su antología.

Inicia la interpretación don Pedro de Valdivia, el elogio

desmesurado en las puntas chirriantes de su pluma de ganso. Intencionadamente quería, con esto, atraer la atención de Carlos V sobre Chile. Era ya un chileno típico.

Mas ponderado el Padre Ovalle anotando los defectos y cualidades de los criollos santiaguinos, a quienes enseñó en el Convictorio de San Francisco José.

Crédulo e ingenuo, Fray Gaspar de Villarroel, al describir terremotos y ceremonias coloniales.

Panegirista de la chata aldea y de su paisaje próximo, Córdoba y Figueroa y conmovedoramente sincero, el mesiánico Lacunza, añorando su tierra nativa desde Imola.

Los viajeros ingleses y franceses nos describen con pintoresca objetividad, las costumbres y la psicología del aldeón soñoliento, recién salido de la niebla colonial.

Vicente Pérez Rosales y Blest Gana cronifican el Santiago heroico, bebedor de chicha baya, que aun se viste de poncho, ojotas y bonete maulino!

Vicuña Mackenna, presa de una fiebre de transformación, remueve adobes y derriba tejados. Viste a Santiago de levita y sombrero de copa; pero sobreviven los criollos viejos, enamorados de los caserones de mojinets triangular y espaciosa huertas, olientes a peras y a duraznos.

A este grupo, pertenecen Abel Rosales y Daniel Riquelme, evocan la apacibilidad de patriarcales costumbres, el sabor substancioso de la cocina criolla y la gracia de las santiaguinas, bajo un halo de negros rizos.

Y anotemos el gusto chabacano de los mineros y salitreños enriquecidos, que multiplicaron en los barrios céntricos de Santiago, los palacios de gusto francés o italiano y hasta una que otra casa de tipo morisco, con zócalos de azulejos y fuentes interiores. Orrego Luco describió con deleite estas casas, recargadas y cursis.

Pero el viejo Santiago, no el de los nuevos ricos ni el de

los snobs sino el típico, el auténticamente chileno, subsiste aun en los barrios alejados del centro.

Estación, Yungay, Recoleta, Matadero, han adquirido vida artística en las novelas de Augusto d'Halmar, J. Eduardo Bello, Alberto Romero y Sepúlveda Leyton.

Todos los escritores y cronistas que integran el libro de Latcham, comprendieron el espíritu de la ciudad y lo expresaron, según su calidad evocadora; pero esas descripciones, esos recuerdos y esos relatos no habrían tenido relieve ni significación, si Ricardo Latcham, con una meticulosidad de anticuario, no hubiera desprendido los textos peculiares para incorporarlos en la armónica exposición de estampas de su antología de Santiago del Nuevo Extremo.—M. L.



UN LIBRO VERNÁCULO Y UNA EDITORIAL DE ESCRITORES, por
Ricardo Tudela. (Mendoza)

Dentro de la geografía literaria argentina la región cuyana ha venido buscando, en todo lo que va del presente siglo, las formas artísticas de su fisonomía espiritual profunda. Es así como, en estos cuarenta años, se ha desarrollado todo un proceso cultural que abarca las actividades de la historia, el arte, la filosofía, las ciencias y hasta los estudios económico-sociales. Dentro de ese vasto movimiento, como acontece en todos los ciclos del desarrollo de una cultura, los artistas y pensadores han tomado la delantera y el principal papel. Junto a esa preponderancia es menester señalar el aporte que está dando a la cultura cuyana la honda inquietud por los estudios históricos, señaladamente justificada en un ambiente henchido de tradiciones y recuerdos de las gestas de la independencia. Empero, es evidente que, por exceso de precipitación y avidez por encontrar antes que otros la mejor documentación o las posibles hue-